

Las afueras

Este es el mejor de los mundos posibles

Leibniz

No sé en qué momento nuestro empuje,
la persistencia de ser más adentro, con más fuerza,
eso que seremos sin remedio,
se convirtió en una apuesta contra el mundo,
contra el díscolo temblor de las estatuas.

Los espejos no mienten, amor mío,
pero están desafinados de tantas
imágenes definitivas. No mienten
pero están ansiosos de lanzar contra nosotros
sus esquiras, un derrumbamiento de cristales
que nos llene de polvo la mirada,
de sombras las preguntas y de hielo
la parte de tristeza que nos toca.

Afuera es Carnaval o Nochevieja, siempre hay una fiesta
en las afueras y nunca nos concierne.
Hay ruido y hay abismo en todas partes, amor,
y un fracaso absurdo y colectivo
al son de una verbena. Caminan al silencio
en medio de la música y es tan pobre y tan escueto
su papel en la tragedia que dan ganas
de encender bajo sus piernas una luz que los congele.
Y acabar. Acabar con este sórdido preludio.

Pero aquí zumban las moscas a su antojo.
Aquí también hay ruido por mucho que limpiemos,
un ruido milenario de caer, caer hacia el profundo
centro de las cosas y la sangre y estar vivos
contra la vida toda y sus afueras, sus adentros,
sus márgenes festivos, su fúnebre reverso.

Porque, mi amor, tristes de tan lúcidos
nos estamos apagando, con la sopa diaria y con el frío
de todos los inviernos recapitulados.
Tú lo sabes, que a base de estar solos
nos hemos convertido en muchedumbre
y también nos merecemos un ámbito de la tragedia
o el firme compromiso con la nada,
vigilar que nuestro mísero sudor
no nos ensucie el pan de cada día.

Aquí también hay ruido y hay abismo:
la traza de los dioses que pasaron un instante
a quitarse de encima la mugre de lo humano.
Y esa es nuestra tibia propiedad, el epicentro
de todas las afueras, aquello que custodia
lo real, como si fuesen
posibles y mejores otros mundos
detrás de esta ventana.

ISABEL ROLDÁN GÓMEZ